

MIGUEL

Me llamo Josefa pero aquí, en este pequeño pueblo que me ha visto crecer y cuyo nombre no desvelaré, todos me conocen como Pepa la de Las Quintas. El sobrenombre es heredado desde los tiempos de mi padre que, a su llegada a este humilde lugar hace más de cien años, compró por sesenta mil pesetas una pequeña finca denominada Las Quintas, donde se instaló y formó una familia con trabajo y esfuerzo.

Soy la menor, y la única mujer, de cinco hermanos. El mayor, Juanito, murió muy joven, con tan sólo veinticuatro años fue atropellado en una curva de la carretera que comunica el pueblo cuando un camionero que transportaba patatas perdió el control del vehículo.

Al año siguiente vivimos uno de los inviernos más fríos que recuerdo. No paraba de nevar ni de día ni de noche, el viento helado del norte cortaba en la piel y las enfermedades respiratorias azotaron con especial fuerza aquel año, llevándose por delante varias decenas de vidas. Mi hermano Tino, el segundo, fue una de las víctimas y murió a causa de una neumonía. En su lecho de muerte yo, que entonces tenía veinte años, le abrazaba con fuerza, bañándole de lágrimas la camiseta de algodón. Benjamín y Poli, gemelos, tenían veintidós años y, al igual que mi padre, se limitaron a permanecer a los pies de la cama, mirando con profundo dolor a su hijo y hermano moribundo, en silencio, planteándose seguramente para sí mismos porqués para los que no hubo nunca respuesta tranquilizadora.

La mañana del 17 de diciembre mi hermano expiró, después de sonreírnos, con el llanto desgarrador de mi madre de fondo, que le sujetaba la mano con delicadeza y con la escasa fortaleza que le quedaba. Fue un año negro para mi familia y también para

el resto de familias del pueblo, que vivieron situaciones parecidas, marcando la historia colectiva e individual de la zona con profundos sentimientos de dolor por la desventura más incierta.

Hoy en día quedamos muy pocos vecinos habitando en las viejas casas de piedra pero, en otra época no tan lejana, lo cotidiano era ver las empinadas parcelas repletas de vacas, ovejas y caballos pastando los prados de color verde intenso. Grandes extensiones de maíz ofrecían una estampa característica a la zona, aunque también se sembraban berzas, repollos, zanahorias, patatas, puerros, cebollas, pimientos y tomates. En el pueblo ningún vecino cerraba con llave las puertas de su casa, a no ser que corriera viento del sur ya que con él se creaban corrientes y las puertas se abrían y cerraban por sí solas con fuerza, y nadie robaba a los demás porque, sin necesidad de tener lazos de sangre, todos allí éramos una gran familia fruto del compañerismo y la lucha común por sobrevivir en un entorno y época tan hostil.

Era común realizar la matanza del chon en primavera, por la festividad de San Martín, aunque todos los vecinos realizaban varias más a lo largo del año. En nuestra casa hacíamos otra matanza en noviembre, reservando para este momento el mejor cerdo, de tal manera que en los días señalados de las navidades podíamos disfrutar de un cocido tradicional en el que no podían faltar ingredientes como la morcilla, el chorizo, el tocino, las alubias y la berza.

A finales de junio, comenzando con la festividad de San Juan, se comenzaba a hacer la hierba. Dependiendo del tiempo que hiciera este trabajo podía extenderse hasta tres meses ya que para poder segarla ésta debía estar seca y por tanto era necesario aprovechar los días de sol desde primera hora de la mañana hasta bien entrada la tarde.

Guardábamos la hierba segada y esparcida por el suelo en el pajar, recogiénola a belorta, para lo cual nos ayudábamos de largas varas de avellano. Nosotros, además de Las Quintas, también llevábamos varias fincas de otros vecinos del pueblo de modo que nos garantizábamos el pasto para todo el ganado durante los largos y fríos inviernos y, para devolverles este favor, les ayudábamos a segar el resto de sus prados y les acompañábamos en la muda del ganado.

Cuando tenía diecisiete años, una tarde de agosto cayendo ya la noche, después de otra agotadora jornada de intenso trabajo, estaba terminando de recoger de los largos tendaderos la colada blanca cuando vi descender por la pequeña montaña, que aún hoy resguarda mi casa, a mi padre, que regresaba tras diez horas fuera y acompañado de un animal menudo. Mi madre, que en aquel momento ordeñaba leche para cenar con unos boronos (mezcla de harina de maíz con grasa de cerdo que cocíamos en el horno de piedra), se levantó y de un modo claro y limpio le preguntó, voz en grito:

- ¿Qué traes?
- Un mulo, mujer – respondió del mismo modo él.

Recuerdo especialmente aquella noche como si hubiera sido ayer. Fuera se había levantado viento, lo que nos obligó a trancar la puerta de casa para evitar los portazos que producía ésta con las corrientes de aire que se creaban, y a las dos de la madrugada, mientras mis padres y hermanos dormían acunados por el silbido del viento contra las ventanas, me desperté. Acto seguido me levanté, bajé a la cocina para beber agua y, cuando me encaminaba de nuevo hacia las escaleras, escuché un golpe en la puerta que comunicaba el interior de la casa con la cuadra donde permanecían durante la noche los animales que teníamos en aquel entonces. Sobresaltada por el sonido inesperado en mitad del silencio, me acerqué hasta la puerta y la abrí con un movimiento lento y

sigiloso. No había nada extraño, salvo el mulo que había traído mi padre aquel día y que permanecía en pie y con los ojos despiertos a medio metro de mí.

- ¿Has golpeado tú la puerta? – susurré para el mulo

Como cabía esperar el mulo no me contestó pero tampoco realizó ningún otro movimiento, simplemente se limitó a permanecer quieto bajo mi mirada. Eché un vistazo de nuevo alrededor en busca de algo extraño pero no vi nada así que cerré la puerta y volví hacia la cama.

Con el trascurso de los días y los meses todos fuimos familiarizándonos con el mulo y él con nosotros, sin duda fue uno de los años más memorables de mi vida. Miguel, como le llamábamos sin recordar ya desde qué momento exacto, nos ayudaba en todas las tareas que le encomendábamos dócilmente. El mulo tenía el pelaje de un tono gris como la ceniza y, aunque no lo pareciera, era muy fuerte. Podía trabajar durante todo el día incansablemente, sin tumbarse tan siquiera un rato a media tarde, tirando sin cesar del pesado arado de madera a lo largo y ancho de los terrenos de siembra. Miguel solía acompañarme cuando llevaba por las mañanas las vacas a La Medoria, una de las fincas que teníamos arrendadas en aquel entonces. En el trayecto, a falta de un kilómetro para llegar a nuestro destino, había una pendiente muy pronunciada a partir de la cual el terreno cambiaba de la tierra y prado seco al suelo húmedo embarrado con piedras resbaladizas. Cuando llegábamos a este punto de la senda le decía a Miguel que parase, a lo que él cumplía mi orden instantáneamente, y yo, que iba subida al carro del que tiraba el mulo, me bajaba y dándole una palmada suave en el lomo le volvía a decir que continuara. Así ascendíamos y terminábamos lo que nos quedaba de recorrido hasta llegar a nuestro destino, donde permanecíamos varias horas, y a la hora de la comida emprendíamos el camino de regreso a casa.

El 24 de marzo después de cenar, como cada noche, mi madre y yo recogimos la cocina y fregamos los cacharros que se habían utilizado. Mientras tanto mis hermanos y mi padre subieron al tejado para cubrir con pequeños fragmentos de lastra las goteras que habían ido apareciendo con las intensas lluvias de la época. A las diez estábamos todos en la cama quedando así la casa en el más absoluto silencio.

Serían cerca de las cuatro de la mañana cuando un gran estruendo en la parte baja de la casa nos despertó, haciendo que bajáramos sobresaltados y atentos a cualquier posible movimiento extraño. Lo primero que vimos fue la puerta principal de madera totalmente abierta, lo cual no era habitual pues no se había levantado viento del sur y lo normal era encontrarla vuelta nada más, y las dos escobas que deberían de haber estado apoyadas en la esquina derecha estaban tiradas por el suelo. Entonces oímos cómo golpeaban sin parar en la puerta de la cuadra. Mi padre, que era el que permanecía más cercano a ella giró rápidamente el pomo de la puerta y ante nosotros, en pie, estaba Miguel. El mulo tenía clavado en su cabeza una piqueta y resbalaba su sangre, de color rojo intenso, rozando las cuencas de sus ojos, que nos miraban brillantes como si pidieran el auxilio que no pudimos darle. Mi madre dejó escapar un grito de horror al verlo así y yo, sin dejar de mirarle, comencé a llorar al mismo tiempo que me abría paso hasta llegar a él para abrazarle por el lomo y acariciar sus orejas. En ese mismo instante mi padre dijo algo para sí y salió de casa corriendo, maldiciendo a los cuatro vientos contra el asesino de Miguel.

Durante semanas no se habló de otra cosa por estas tierras. Contaron algunos vecinos que vieron salir del pueblo a altas horas de la madrugada a un hombre en motocicleta. Nadie pudo reconocerle porque en aquellos tiempos las carreteras apenas tenían iluminación y la niebla de la noche impedía discernir con claridad las distancias, pero en lo que sí coincidió todo el mundo fue en que nunca habían conocido una muerte

tan cruel e inexplicable como la que sufrió Miguel. A día de hoy sigo sin encontrar los motivos que pudieron llevar a su asesino a cometer ese acto tan sangriento y estoy segura de que si el mulo hubiera tenido la capacidad de pronunciar palabra, se hubiera despedido de cada uno de nosotros agradeciendo todos los momentos compartidos y el afecto regalado o, por lo menos, así me hubiera gustado a mi despedirme de él.